

JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR. *Obras II. Narrativa II. Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren tomada del carnet de Facundo* (1869-1870, 1871, 1890). Edición crítica, prólogo y notas de Ana Laura Zavala Díaz. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007 (Nueva Biblioteca Mexicana, 166).

Debatir el concepto de edición crítica y puntualizar sus objetivos y alcances continúa siendo, desde mi punto de vista, una tarea pendiente en el ámbito académico. De tal manera, el volumen que ahora nos ocupa cobra una doble significación: por un lado, ya desde la advertencia editorial define las principales líneas de acción de dicha disciplina que:

rescata, depura y fija, es decir, ofrece el establecimiento de la autenticidad de las obras, las preserva de los desgastes materiales a los que están expuestas, y las salva del olvido [...] trayéndolas al presente para una crítica eficaz, certera y provechosa que, auxiliada por la hermenéutica, conduzca a la interpretación y a la comprensión de un entramado cultural específico (XII).

Por el otro, “trae al presente” a uno de los escritores fundamentales del siglo XIX: José Tomás de Cuéllar mejor conocido como “Facundo”. Para llevar a cabo tal propósito Ana Laura Zavala Díaz, a cuyo cargo se encuentra el prólogo y la edición de *Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren*, no se limita sólo a consignar las variantes, tres en total, entre las distintas versiones de esta importante obra, sino que las confronta y las “pone a dialogar” con una intención clara: “dilucidar cómo fue el largo y complejo proceso de escritura de esta novela; más aún, cómo llevó el autor a la práctica las nociones estéticas [...] las estrategias narrativas que utilizó para ello y, en otro nivel, cuáles fueron los asuntos que abordó, en su intento por pulsar el estado de la sociedad mexicana de su momento” (LI); es decir, aporta una valoración de la obra; el por qué de los cambios, el sentido de las inclusiones y supresiones de una a otra versión, el objeto de tales mudanzas, en fin, todo aquello que permita al lector conformar un panorama certero y crítico de las inquietudes estéticas y morales de Facundo.

Es así como la investigadora nos informa puntualmente de las circunstancias en que fue gestada la versión de 1869-1870, del público al que iba dirigida y del anhelo de Cuéllar “por participar en esa titánica labor de re-educar y remodelar al ciudadano mexicano” (LXII); todo lo cual puede resumirse en su concepción misma del arte y de la novela como:

El vehículo textual por excelencia para educar y adoctrinar (“mexicanizar”) a las masas; y la exigencia de generar una tradición novelística nacional que revelara y de-

finiera la esencia de nuestro pueblo, al tiempo que demostrara su avance intelectual. Género eminentemente ideológico, la novela debía, según Altamirano y Cuéllar, además de informar, instruir y transformar a los lectores (LXVII).

Con tales ideas en mente, Cuéllar echó mano de la metodología que le permitió a un tiempo exponer, criticar y, por último, adoctrinar: la “fisiología”. En esta dirección puede aventurarse que Facundo representa uno de los primeros escritores que, en términos de modernidad, “fragmenta”, a fin de aprehenderlo, el todo —la sociedad mexicana—; para ello toma como metáfora la anatomía del pollo.

Resulta por demás interesante el énfasis con que Zavala Díaz problematiza el lugar común más explorado por la crítica respecto a Facundo; si bien es cierto que *Ensalada de pollos* constituye, en palabras de su propio autor, una novela netamente costumbrista, la estudiosa se sirve de tal afirmación para plantear una serie de pertinentes interrogantes encaminadas, en un primer nivel, a enriquecer la lectura; y en otro, más incisivo, a abrir la discusión sobre la labor escritural de Cuéllar:

Con base en lo expuesto, surge la pregunta de qué elementos de lo “nacional” fijó Facundo en la primera versión de *Ensalada*; más todavía, si de acuerdo con el autor la literatura era el “termómetro de la civilización” y “el reflejo de la historia” de una comunidad entonces, ¿qué decía su novela sobre el México de aquel momento?, y ¿qué representaba en ese entramado cultural y textual la figura del pollo? (LXVII).

Además de responder a tales cuestiones, Zavala Díaz, valiéndose de la edición crítica y sus herramientas, propone un ejercicio fundamental: indagar detrás de la creación, ubicar la obra y confrontarla con su contexto, para con ello conseguir que ésta revele no sólo lo que dice, sino lo que realmente buscaba decir.

Lo anterior hace posible asimismo que la investigadora sortee con éxito otro de los grandes escollos de la crítica literaria; me refiero a la idealización o especie de justificación que debido a la distancia temporal es conferida a los autores canónicos. El cotejo entre las dos primeras versiones de *Ensalada de pollos* arroja como resultado un juicio cualitativo, que si bien toma en cuenta ciertos factores, no deja de percatarse del “mayor” cuidado y detenimiento con que, en la versión entregada al público en 1871, Cuéllar trabaja personajes, situaciones, lenguaje, etcétera. De acuerdo con Zavala Díaz:

cabe también la hipótesis de que para Cuéllar esta segunda redacción fuera en realidad *otra* novela, en la medida en que no sólo había aumentado de manera considerable su número de páginas, sino, incluso, había variado la estructura, los temas a tratar y el público al cual pretendía llegar [...] Empero, a diferencia de la versión primigenia en la que predominaron el cuadro de costumbres y la fisiología, en su segundo intento Facundo logró enhebrar una trama donde los sucesos se encadenan con mayor logicidad (LXXXI).

El “proceso de depuración” es registrado minuciosamente por la especialista, quien proporciona claves de lectura e interpretación para cada variante; con lo cual deja perfectamente asentado que cada modificación responde no a meros caprichos de escritor sino, a los fines a los que José Tomás de Cuéllar destinó su obra: escribir para educar, para fortalecer la moral del pueblo mexicano.

Si bien es cierto que la última versión (1890) presenta cambios mínimos, éstos también nos advierten de su particular momento de creación y de la búsqueda de nuevos públicos: “la otra serie de variantes revelan a un Cuéllar consciente de que la edición española de la novela, y de la serie en su conjunto, abría la puerta a que lectores no mexicanos se acercaran a su obra” (XCIV). Asimismo, si en las dos primeras versiones de la novela, Facundo “dio una visión compleja e integral de un México donde todavía reinaba el caos político y, por ende, social; donde convivían en constante tensión una sociedad capitalina mal educada, ‘anémica’ y viciosa, con una periferia anárquica, convulsa, pero también ignara” (LXXXVIII), en la última versión puede inferirse que su reaparición “bien pudo despertar la curiosidad de los lectores por los tiempos ya idos que se recreaban en ella; más aún, [...] creo que el recuerdo de la pasada anarquía que se leía en sus páginas sirvió de recordatorio y de afirmación de la importancia de preservar a toda costa ‘la paz, el orden y el progreso’ en la República”.

Muchas otras ideas surgidas a partir de la revisión de las tres distintas versiones de la obra son esbozadas en este interesante prólogo; sin embargo, me detendré ahora en algunos de los aciertos del trabajo de edición crítica.

En primer lugar destacaré el hecho de que el presente volumen consigue aquello que con frecuencia pasa a segundo término en muchas ediciones críticas, me refiero a otorgar preponderancia a la obra y no al complejo aparato crítico que la rodea. Lo anterior parece una obviedad, empero, la somera revisión de ciertos trabajos en el área, permite darnos cuenta de la manera en que muchas veces el sistema, tanto de variantes como de notas del editor, termina por ahogar una obra al punto de volverla “inaccesible” para el público interesado en re-encontrarse o quizás en acercarse por primera vez a un determinado autor. Si bien la colección Nueva Biblioteca Mexicana se dirige a especialistas, ediciones críticas como la de *Ensalada de pollos*, debido a la claridad y pertinencia de sus notas, contribuye a la comprensión del autor sin “oscurecerlo”, con lo cual consigue también captar a un público más amplio.

Lo precedente no significa que se deje de lado en esta edición crítica el rigor y el cuidado en la notación, pues además de los criterios para fijar variantes claramente definidos, la investigadora aporta interesantes observaciones de contenido que, sin entorpecer la lectura, enriquecen el panorama de recepción, siguiendo un poco el tono propuesto por el mismo Cuéllar. Así, por ejemplo, la nota relativa al rebozo confirma no sólo la idiosincrasia del personaje aludido, sino que informa también de la importancia de esta prenda durante el siglo XIX,

circunstancia que para el lector contemporáneo pasaría, de otro modo, inadvertida (nota 27, capítulo XV: 133).

La presente edición de *Ensalada de pollos*, una de las obras más representativas del siglo XIX, hace posible que, siendo intensamente “un hombre de su tiempo” tal y como lo afirma Ana Laura Zavala Díaz, Facundo lo sea también del nuestro.

RAQUEL MOSQUEDA RIVERA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM